

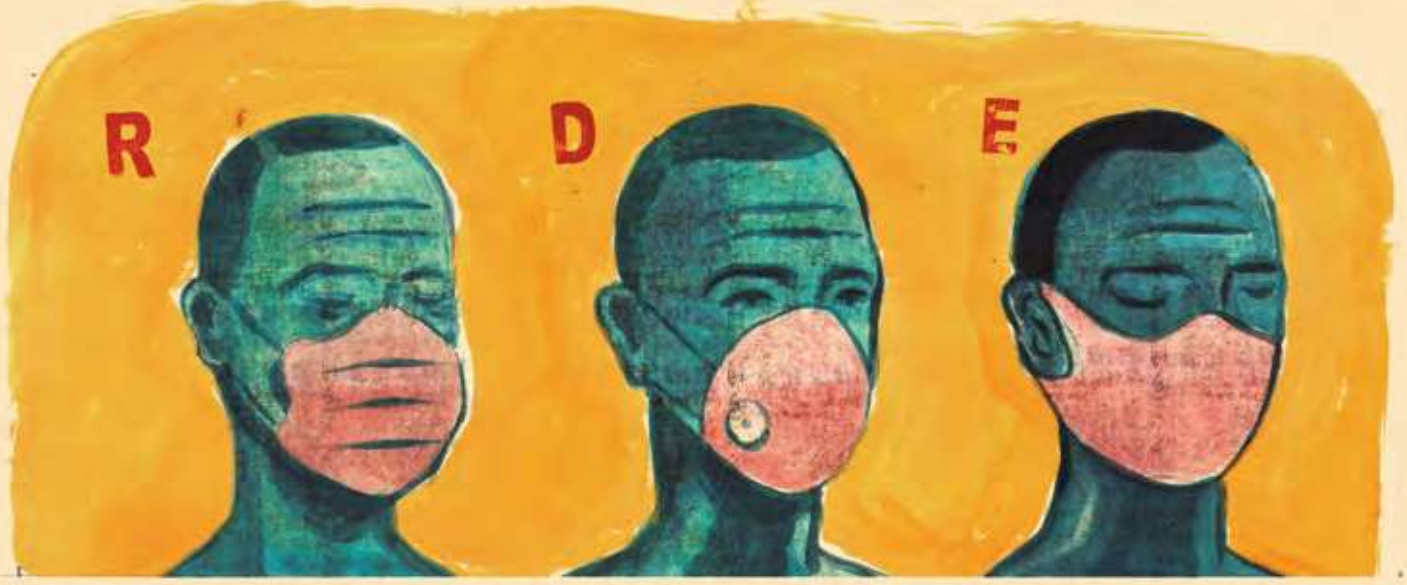
# CRÓNICAS DE PANDEMIA | 1

## Cynthia Edul

Dramaturga, directora de teatro y escritora. Es licenciada en Letras por la UBA y en Dramaturgia por la EMAD; profesora de Teoría Literaria en la Universidad San Andrés, y dirige el Taller de Proyectos Culturales en la Universidad Nacional de Hurlingham. Es autora de los libros *La sucesión* y *La tierra empezaba a arder*.

**C**uando mis abuelos llegaron a Buenos Aires desde Siria, se instalaron en el Barrio de San Cristóbal. Una pequeña comunidad de inmigrantes sirio libaneses se había reunido entre las calles San Juan, Jujuy, Alberti, Catamarca, y de ahí se empezaba a extender. Muchos de esos inmigrantes eran originarios de distintos pueblos que se encuentran en lo que hoy es la frontera con el Líbano, las montañas de Al Qalamoun. Pueblos de frontera, chicos y austeros. La hambruna que sometió a esos pueblos a principios del Siglo XX trajo a mis abuelos a Buenos Aires. En los primeros tiempos, mi abuelo paterno fue un vendedor ambulante, pero el progreso vino rápido y pudo abrir su primer local de telas en la Avenida Jujuy. Arriba de ese local, tenía su casa mi abuelo materno. Entre ese local en planta baja, que atendían mis abuelos paternos y la propiedad horizontal del primer piso, en la que vivían mis abuelos maternos, se enlaza mi árbol genealógico, en el ir y venir de la camaradería de los buenos vecinos, o los bien llamados paisanos.

Avanzo unos casilleros. El local prospera y mi abuelo da un paso más: la compra de una propiedad. El terreno que va a comprar era un baldío en la calle Constitución. Y ahí va a edificar el local que expresaría en metros cuadrados la trayectoria de su vida, de la huida de la hambruna a la caminata ambulante por una Buenos Aires en pleno auge de modernización y a la, finalmente, conquista de la estabilidad. Ese local lo va a regentar con sus hijos bajo el nombre *Jacinto Edul e hijos*. Sin nombres de fantasía, ni marcas genéricas.





En mi familia el progreso se expresaba con nombre y apellido. Y así es la tradición.

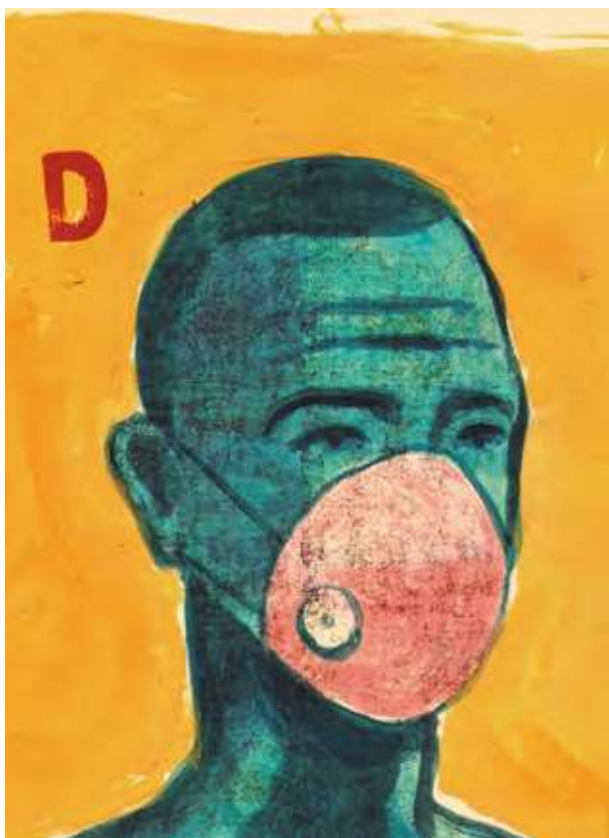
Con un largo fondo que llega hasta la mitad de la manzana y dos pisos en los que arriba hay una oficina y abajo mostradores largos y pilas de piezas de telas, el local se va a dedicar a la confección de lo que se llama en el rubro "blanco y mantelería". Con el tiempo va a sumar la confección de ropa de trabajo. En la línea de "blanco", sábanas y todo tipo de ropa de cama, en la línea de ropa de trabajo, ropa de cirujanos, médicos, enfermeros. Toda la línea de hospital. Ambos de médico, camisolines de cirugía, camisolines hidrorrepelentes, cubres, gomas para las camas, botitas, cofias, colcha de nido de abeja blancas, zaleas, frazadas, toda una terminología de la que toda mi vida iba a intentar escapar a conciencia y con la que inevitablemente iba terminar dialogando.

La cadena pasa de mi abuelo a mi padre, que va a llevar con él el lema "e hijos". Y ese lema va a ser como un imán que nos va a ir llamando de a uno a rendirle cuentas a la tradición. El "negocio" como decimos coloquialmente en mi familia, va a atravesar todo el siglo XX, con todas las expansiones y ajustes que fue sufriendo la Argentina y particularmente en el rubro textil. El peronismo y la prosperidad, los sesenta y la industrialización, los setenta y el brutal primer neoliberalismo, los ochenta y la hiperinflación, y los malditos noventa y la importación. Y ahí, de la empresa expandida, pasamos a la reducción, el ajuste, hasta llegar al borde del llamado a quiebra.

Después falleció mi padre, y mi madre y mi hermano timonearon el barco en el medio de la tormenta feroz del 2001, y así llegamos al 2003 y la cosa se fue re armando, más reducidos, pero menos endeudados. Y yo seguí escapando. Me dediqué a la literatura, a la escritura, el teatro y la enseñanza. Me especialicé en figuras retóricas y dramáticas, en metonimia y "extra-escena", en poéticas y manifiestos, en renovaciones de las artes escénicas, en progresión y digresión, en gestión y curaduría, en crónica y performance, toda una terminología de la que no solo no escapaba, sino a la que me acercaba voluntaria y vehementemente.

Sin escapar de las tensiones que implicó continuar con el legado, la distribución de roles se fue acomodando en mi familia, y mi madre y mi hermano continuaron el "e hijos", y mi hermana se convirtió en una médica de excelencia, especialista en terapia intensiva y un referente en su área, y yo seguí escapando con mi humilde labor literaria. En voz baja dije que no, no al negocio. En voz alta también lo dije, no al negocio. Pero el negocio estaba ahí, en su persistencia, sosteniéndose en el tiempo y en el espacio. Y yo, en voz baja seguía diciendo que no, y en voz alta, también dije que no. Que no era lo mío, que yo con eso no tenía nada que ver. Que lo mío era la literatura (vaya qué atrevida, si me escucharan los abuelos que escaparon de la hambruna).

El 19 de marzo se decreta el aislamiento social, preventivo y obligatorio. Y por una serie de razones que se pueden englobar en el "cuidado a los pacientes de riesgo", el negocio no tenía timón. Había que cuidar del contagio a la familia, pero había que abrir el local porque entrábamos en la excepción de "insumos hospitalarios". Había que mandar un pedido a una clínica de Salta, otro a una clínica en Neuquén, dos pedidos a dos clínicas de la provincia de Buenos Aires. El local permanecía cerrado, los pedidos preparados, los permisos extendidos, y yo escapando en mi encierro, mirando cómo otros en Instagram lograban leer y disfrutar la supuesta nueva organización de la vida cotidiana, que parecía temporaria, pero se avistaba permanente, otros sugerían en Twitter series, películas, documentales y una lista de imperdibles que nunca llegué a anotar, porque una de esas noches, allá por el 20 de marzo, suena el teléfono de mi casa y era mi hermana, y me desliza, mirá, alguien tiene que abrir, vos sabés que yo no puedo porque estoy en el Hospital y acá nos agregaron guardias, pero de esto viven cinco familias y no podemos cerrar. El mensaje era claro: había que hacer lo que sea necesario, para, otra vez, como en tantos otros momentos críticos, o podríamos decir, catastróficos, persistir a flote. Y más claro aún para mí: no te queda otra, tenés que abrir el negocio. Y entonces, un día, allá por el veintipico de marzo, abrí, finalmente, el negocio.



Entré por la puerta del costado, abrí la puerta que da al pasillo, puse la alarma que muy dedicadamente mi mamá y mi hermano me habían dictado, y repetido, y llevaba anotada en un papel, un número y otro número, y apareció la luz verde. Prendí las luces principales, levanté la cortina de hierro, saqué los candados de la cortina que da a la calle, prendí las luces de la oficina, tiré alcohol y lavandina como loca a todo lo que había tocado, me refregué 30 segundos las manos con detergente, me tiré alcohol, me saqué el barbijo porque todavía estaba sola, me conecté al wi-fi y busqué las facturas de los envíos, los teléfonos de los expresos y levanté la vista. Ahí estaban los metros de tela, los ambos de cirugía y de enfermeros, ordenados por talle y color, las sábanas, los camisolines, las piezas apiladas, los paquetes envueltos en papel de afiche, con publicidades ahora obsoletas, de un mundo que se había parado, que la biología había detenido.

Y así empieza mi aislamiento social, preventivo y obligatorio, que de aislamiento no tiene nada, de preventivo todo, porque nos cuidábamos entre nosotros y de obligatorio todo el peso de la tradición, con la que finalmente, después de escapar, de murmurar por lo bajo y verbalizar en voz alta, ajustaba finalmente cuentas.

No sé cómo me organicé para atender el negocio y mi trabajo, las clases, las reuniones de Departamento, las orientaciones al alumno, las consultas y mentoría de tesis, y hasta los jurados de tesis, y mismo los *live* de Instagram programados por todas las instituciones culturales que se vieron en la necesidad de producir contenido a como

diera la cosa, y aceptaba toda invitación de charla o entrevista. Y como a todo digo que sí y a nada digo que no, mi aislamiento participativo, así podría llamarlo, se vio desbordado en presencias físicas y virtuales, cada vez más demandantes, cada vez más extenuantes. No escribí. Ni una línea en meses. No escribí más que los textos para las clases, más que *mails* en respuesta a demandas, más que textos de *whatsapp* y descripciones de facturas de envíos hospitalarios. ¡Ah! ¡Sí! Y los casilleros de renovación de mi permiso de circulación, que ya completaba de memoria.

Y no leí más que lo que enseñé, un repaso por novelas que atesoro, *El africano* de Le Clézio, *Infancia* de Coetzee, *El Entenado* de Saer. Y después de haber leído más de cinco veces *El entenado*, porque cada vez que la enseño, la vuelvo a leer, entendí, de manera cabal, es decir, en cuerpo y alma, esa frase que dice el narrador en un momento: "no se puede escribir sin ser interrumpido por la vida".

Y a medida que los contagios aumentaban, los pedidos de *cubrebocas* también. Ochocientos, por acá, dos mil por allá, tantos más para otro cliente, cinco mil para el cliente de Córdoba. Y no va que al cliente de Córdoba no le gustaba el elástico y entonces tuvimos que cambiar los elásticos. Había que despuntar cada barbijo, sacarle prolijamente el elástico, para coserle otro elástico a gusto del comprador. Nunca fui buena en actividades prácticas. En la escuela primaria, me hacían los trabajos las mamás de mis compañeritas porque mi mamá era tan torpe como yo con el hilo y la aguja. En casa de herrero. Mi fobia a la tela, al papel, a la tijera y a la *voligoma*, se convirtió casi en una patología. Pero la necesidad manda y entonces aprendí a manejar la tijerita del despunte. Me tocaban unos cientos, porque había que entregar el pedido y no llegábamos. Los primeros los descosí todos, pero como la constancia hace al resultado, logré descifrar el punto de la costura y dar solo un corte a ese punto definitivo y ahí empecé a sacar uno atrás del otro, prolijos y despuntados, y los mandé de nuevo a confección.

Atravesé todos los días la ciudad de norte a sur y de sur a norte. Podía ser el GPS del Gobierno para informar el movimiento de la calle, el vacío del Once, la poca circulación alrededor de la estación y ver, a medida que los días pasaban, como Entre Ríos se llenaba de autos, Callao se volvía pesada y Libertador vacía, como los restos de una ciudad abandonada, en la que solo quedaban los semáforos, los monumentos, las esculturas, los árboles y la caída del sol.

La vida interrumpió la escritura. Claro que sí. Pero aprendí que nunca digas de este agua no he de beber. Porque tuve que beber, y me encontré con otros ropajes, con otro diccionario, con otros caminos y compañeros de trabajo, y sin certezas, más que las de intentar mantenerme en mi propio movimiento. ■